

de esta facultad, porque á principios de Septiembre de 1553 recibió el de doctor el Lic. Pedro López (1); y el mismo obtuvo, á 1.º de Diciembre de dicho año, el Br. Damián de Torres, á quien arguyó Juan Vazquez de Avila, doctor en la misma ciencia (2).

Varias veces he citado en las páginas precedentes el nombre de Pedro López, y aquí es lugar de advertir que indudablemente hubo entonces en México dos médicos de este mismo nombre y apellido. En otra obra (3) hablé acerca de esto, y aquí me conviene aquilatar y coordinar mejor aquellos datos, añadiendo algunos nuevos. Esto y mucho más merece un varón santo y sabio, que si no nos legó escritos, dejó memoria imperecedera en sus virtudes y fundaciones piadosas.

Desde 1524 vemos figurar á un Pedro López, como médico de Cortés, en la expedición de las Hibueras (4). Envióle el jefe desde Trujillo á la isla de Santo Domingo en busca de socorros, y en la travesía pa-

(1) *Estatutos de la Universidad de México* (1.ª ed.), prólogo.

(2) PLAZA. *Crónica de la Universidad*, MS.

(3) *México en 1554*, páginas XLII y 204.

(4) Fué también en ella un licenciado Valdivia, de quien no hay otra noticia, y que más adelante puso demanda de mil pesos á Cortés, "por lo que le curó á él é á sus criados en Cabo de Honduras." *Documentos Inéditos del Archivo de Indias*, tomo XXVII, página 154.

deció naufragio, del que escapó, literalmente, en una tabla (1). Hubo de ser tenido en México por muerto, como todos los de aquella expedición, porque durante ella, el 15 de Diciembre de 1525, su mujer, Ana de Castellanos, pidió al Cabildo que le diese *por servida* (es decir en plena propiedad, por haber cumplido las condiciones de la concesión primitiva) una tierra para huerta que estaba dada á su marido, porque «agora, con necesidad que tenía para criar é sustentar ciertos hijos suyos é del dicho su marido, la había vendido.» Volvió, sin embargo, el Lic. López, asistió á Luis Ponce en su última enfermedad (1526), y fué el primer protomédico de México, recibido por tal, como antes dijimos, en cabildo de 11 de Enero de 1527 (2). Tres días después se le hizo merced de un solar en la calle de la Perpetua, donde labró la suntuosa casa de que hace mención Francisco Cervantes de Salazar, en estos términos: «*Alfaro*. ¿De quién son esas casas cuya fachada de piedra labrada se eleva toda á plomo, con una

[1] BERNAL DIAZ, caps. 174, 183.

[2] No hallo cómo conciliar este nombramiento de protomédico en el Dr. López el año de 1527, con el otro que recibió en Agosto de 1536. No queda el recurso de aplicar este último al otro Pedro López, porque en esta fecha sólo tenía nueve años de edad. Hay necesidad de suponer que los dos nombramientos recayeron en el primer López: el uno por sustitución del Lic. Barreda, y el otro directamente por la ciudad.

majestad que no he notado en otras? Hermoso es el patio, y le adornan mucho las columnas, también de piedra, que forman portales á los lados. El jardín parece bastante ameno: y estando abiertas las puertas, como ahora lo están, se descubre desde aquí. Zamora. Estas casas fueron del Dr. López, médico muy hábil y útil á la república. Ahora las ocupan los hijos que dejó, que son muchos, y no degeneran de la honradez de su padre (1). De consiguiente el Dr. había muerto ya á mediados de 1554, fecha en que escribía Cervantes Salazar; y aquí deben darse por terminadas, á mi parecer, las noticias relativas al primer Pedro López, perteneciendo al segundo las demás que se encuentran referentes á un médico del mismo nombre.

Este segundo y más célebre Pedro López no fué hijo del primero. Nació en 1527: esta fecha no se opone á su descendencia de aquél; lo que se opone es haber nacido en la villa de Dueñas, en Castillá (2). Del primer López sabemos que estaba aquí en 1526 y 27; y si el segundo hubiera sido hijo suyo, habría nacido en México, no en Espa-

(1) México en 1554, pág. 121.—Dorantes en su *Relación MS.* habla de este doctor y de su familia. Dice que fué uno de los primeros pobladores que vinieron casados.

(2) FR. ALONSO FRANCO, *Segunda parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México, Orden de Predicadores*, MS., lib. I, cap. 37.

ña. Desechando, pues, esa filiación, que antes juzgué probable, diré únicamente que nuestro segundo López figura en México por primera vez cuando recibió con gran pompa el grado de doctor en Septiembre de 1553. Ejerció aquí la medicina con gran aplauso general, y no era menos estimado por sus virtudes: vivía en el siglo como en un claustro. Era tanta su caridad, que no contento con asistir sin paga á los pobres, los socorría además con abundantes limosnas que les dejaba debajo de la almohada. Más de cuarenta años fué médico del Convento de Santo Domingo, por especial devoción á la orden, y solía quedarse allí á pasar las fiestas principales, acompañando á los frailes en el coro. «Tan docto como dado á la caridad (1)» fundó en 1572 el hospital de S. Lázaro, y diez años después, en 1582, el de S. Juan de Dios, con título de la Epifanía, para curación de mestizos y mulatos: luego estableció allí mismo una casa de niños expósitos, y una cofradía de personas distinguidas, bajo la advocación de Ntra. Sra. de los Desamparados, para que los recogiesen y cuidasen. Grata debe sernos la memoria del caritativo Dr. Pedro López, por haber sido el primero que fundó

[1] *Estatutos de la Universidad* (1.ª ed.), prólogo.

entre nosotros un asilo para esos seres desvalidos, más de sesenta años antes de la memorable asamblea en que el glorioso S. Vicente de Paul los puso bajo la protección de las primeras damas de París, y casi dos siglos antes de que el Illmo. Sr. Arzobispo Lorenzana inmortalizase su nombre con la creación del establecimiento de que hoy goza la capital (1). Y sin embargo, ni una estatua, ni un monumento, ni una triste inscripción recuerdan al pueblo lo que debió á aquel doctor caritativo: ningún asilo de la desgracia lleva su nombre: usúrpanle tal vez otros que aumentaron los males de la humanidad, lejos de aliviarlos; y la memoria del Dr. López apenas se conserva en vetuscas crónicas que nadie lee. Así cuida México de sus verdaderas glorias. Nada importa el olvido al benéfico doctor; él no trabajaba por ese poco humo que se llama gloria mundana: á premio más alto aspiraba, y le habrá conseguido: á nosotros importaba mucho más mostrarnos agradecidos, y provocar con nuestros homenajes la imitación de virtudes, no de vicios.

El Dr. Pedro López, en edad ya avanzada, se retiró totalmente del mundo, y fué á

(1) TORQUEMADA, *Monarquía Ind.*; lib. III, cap. 26.—OROZCO Y BERRA, *Dicc. Univ. de Hist. y de Geog.*, tom. V, págs. 751, 760.

acabar sus días en su hospital de S. Lázaro. En 1596 otorgó testamento, instituyendo por herederos y patronos del otro hospital á sus hijos el Dr. D. José, cura del Sagrario, el Dr. D. Agustín, D. Nicolás, D.^a Catalina, D.^a María y D.^a Juana, «habidos legítimamente de la Sra. D.^a Juana de Leon (1),» y falleció con el hábito de Sto. Domingo, el día 24 de Agosto de 1597, siendo de edad de setenta años. Enterróse en el convento de los dominicos (2). La familia conservó poco tiempo el patronato del hospital, y le entregó en 1604 á los religiosos de S. Juan de Dios, quienes le dieron el nombre de su patrono, trocado hoy, no sé por qué, en el de *Morelos*, y la *Cuna* permaneció allí, por lo menos, hasta 1694 (3).

Al mediar el siglo XVI moría en el convento de los franciscanos el lego Fr. Lúcas de Almodovar, que tuvo *don de curar*, y era enfermero del mismo convento. Habiéndose puesto en sus manos el virrey D. Antonio de Mendoza, desahuciado de los médicos, recobró la salud, y lo mismo con-

(1) CABRERA, *Escudo de armas de México*, § 857.—*Memoria de la Corporación Municipal que funcionó en 1851*, pág. 256.—*México en 1554*, pág. 204.

(2) P. Franco, ubi supra.—DÁVILA PADILLA, libro II, cap. 25.

(3) *Sermón predicado por el P. Fr. PEDRO ANTONIO DE AGUIRRE en la iglesia de S. Juan de Dios el 22 de Agosto de 1694*.—Torquemada (lib. III, cap. 26) hace mención del Hospital de los Desamparados y de la *Cuna*.

siguieron otros muchos, entre ellos el célebre agustino Fr. Alonso, de la Vera Cruz. Había por aquellos días en México otro *médico famoso*, el Dr. Alcázar, y cuando enfermaba no quería que nadie lo curase, sino Fr. Lucas. Juntaba el buen lego la ciencia con la virtud, y al tiempo de su muerte se vieron señales milagrosas que acreditaban su santidad, según refiere un antiguo cronista (1).

Contemporáneo de Fr. Lucas, aunque al parecer no semejante á él en virtud, fué otro lego cirujano de la misma orden, Fr. Pedro de San Juan, contra quien despachó el virrey D. Antonio de Mendoza, á 26 de Noviembre de 1543, un mandamiento de prisión, porque se había huido del convento de Zapotitlán, y andaba en hábito secular por los pueblos. El despacho fué dado á petición del provincial y en él se prevenía que, aprehendido el reo, fuese entregado al padre comisario de la orden (2).

Poco hace hablamos del Dr. Alcázar: con frecuencia se encuentra su nombre en los documentos antiguos; pero no hay noticias de su vida. Sólo conocemos de él un rasgo que le honra: ofreció á la ciudad curar de balde á los pobres, y que si era cosa de ci-

(1) MENDIETA, *Hist. Ecles. Ind.*, lib. V, pte. 1^a, cap. 49.

(2) *Libros de Mercedes* del Archivo General.

rujano, él enviaría uno á su costa; añadiendo que si cuando se le llamase estaba ocupado, buscaría y pagaría otro médico que fuera en su lugar. La ciudad aceptó agradecida la generosa oferta y mandó que se pregonara (1).

Algún tiempo después, hácia 1554, llegó á México el Dr. Pedro Arias de Benavides, natural y vecino de Toro. Había desembarcado en Honduras por los años de 1550; y de los setenta y seis pasajeros que le acompañaban, murieron setenta en el breve espacio de ocho días, víctimas de una enfermedad que llamaban la *chapetonada*, nombre derivado del de *chapetón*, que allí daban á los nuevos en la tierra. Entre los siete que escaparon se encontraba el célebre Dr. Zurita, que iba proveído oidor de aquella Audiencia, y luego pasó á la de México. Benavides estuvo cuatro años en Guatemala, y de allí vino á México, donde dice que «tuvo á su cargo ocho años un hospital en que se cura de la enfermedad del morbo gálico, más que en toda España.» Refiérese, sin duda, al hospital del Amor de Dios, que estaba destinado especialmente á la cura de esa enfermedad, tan extendida entonces. Pero es extraño que habiendo residido lar-

(1) *Acta del Cabildo* de 10 de Noviembre de 1533.

go tiempo en México el Dr. Benavides y ocupado un empleo distinguido, no hubiera aquí quien nos dijera algo de él, y todo lo que sabemos se reduce á lo que se saca del libro que á su regreso imprimió en España y se intitula:

«Secretos de Chirurgía, especial de las enfermedades de Morbo gálico, y Lamparones, y Mirarchia, y asimismo la manera cómo se curan los indios de llagas y heridas y otras passiones, en las Indias, muy útil y provechoso para en España, y otros muchos secretos de Chirurgía hasta agora no escritos. Dirigido al serenísimo y esclarecido y muy alto y poderoso Señor Don Carlos, príncipe de las Españas etc. Señor nuestro. Compuesto por el Doctor Pedrarias de Benavides, vecino y natural de la ciudad de Toro. Impreso en Valladolid, por Francisco Fernández de Córdoba, Impresor de la Magstad Real. Cõ privilegio. Tassado á real y medio en papel. Año 1567.»

En 8º, *LETRA GOTICA* (1).

Como Benavides imprimió su obra en España, cabe hasta ahora al Dr. Francisco Bravo la honra de haber sido el primero que publicó en México un libro de medicina.

(1) No he visto este libro. Cuanto digo de él y de su autor está tomado de los *Suplementos MSS.* del Sr. Ramírez á la *Biblioteca de Beristain*.

Han sido vanas mis diligencias para adquirir noticias biográficas de este autor: sábase únicamente, por su libro, que era natural de Osuna, y que en 1553, cuando empezaba á practicar, observó en Sevilla una epidemia. Parece que aquí escribió la obra que describimos en este n.º 57, cuyo título es *Opera Medicinalia*, y salió de las prensas de Pedro Ocharte en 1570.

Ese mismo año, por el mes de Septiembre, llegaba á México el famoso Dr. Francisco Hernández, médico de cámara de Felipe II. Era de Toledo el doctor, y había nacido por los años de 1517 ó 18. Nada se sabe de su vida antes del viaje á la Nueva España, adonde vino comisionado por el rey para escribir la historia natural del país, con referencia á la medicina. Gastó siete años en el desempeño de su comisión, haciendo continuos viajes, y sufriendo contradicciones y graves enfermedades que le pusieron á orillas del sepulcro. Se ha dicho generalmente que Felipe II proveyó con munificencia régia á los gastos de la expedición, y que le costó sesenta mil ducados; pero documentos publicados en nuestros días (1) han hecho ver que á Hernández se

(1) *Cartas del Dr. Francisco Hernández á Felipe II*, apud *Col. de Doc. para la Hist. de España*, tomo I, pág. 362.

daba solamente un moderado salario, aunque no sabemos a punto fijo cuál era, sin ayudarle con nada para gastos extraordinarios, ni aun para los que le ocasionaban sus frecuentes viajes. Tampoco se le señaló persona que le ayudase, como es de uso en casos tales, y no tuvo otro auxiliar que un hijo suyo. A pesar de todo, nunca desmayó en aquel gran trabajo. Para dedicarse enteramente á él, no quiso ejercer la medicina en México, «dejando de ganar (como dice en una carta al rey) más de veinte mil pesos á curar; y á otros ejercicios usados en esta tierra, mucho más, á trueco de emplearme totalmente en el servicio de V. M. y consumación de la obra (1).» No contento con describir y sacar dibujos de las plantas y animales de la Nueva España, hacía probar prácticamente en los hospitales la eficacia de las medicinas; y valido de su título de protomédico, convocó á los facultativos que había entonces en la ciudad para que hicieran ensayos semejantes, y le comunicaran el resultado de ellos. Al fin llevó á España, en Septiembre de 1577, diez y seis volúmenes de texto y estampas iluminadas, en que se contenía la historia natural; y uno más con varios escritos sobre las costum-

(1) Ubi supra, pág. 376.

bres y antigüedades de los indios. De todo dejó en México traslados, que han desaparecido. Escribió la obra en latín; parte de ella vertió al español, y bajo su dirección comenzaron los indios una traducción al mexicano.

Llegado Hernández á España, sufrió el golpe más sensible para un autor, viendo que en vez de procederse desde luego á la impresión de su grande obra, como él se había figurado, fué sepultada en los estantes de la biblioteca del Escorial; bien que con toda honra, porque los libros fueron encuadernados hermosamente, cubiertos y labrados de oro sobre cuero azul, manzuelas, cantonelas y bullones de plata muy gruesos y de excelente labor y artificio (1). Mas aquel lujoso vestido no sirvió de defensa á la obra, que al fin pereció, casi un siglo después, en el grande incendio del Escorial ocurrido el 7 y 8 de Junio de 1671, salvándose nada más unas hojas de dibujos, bastantes tan sólo para aumentar el sentimiento de tal pérdida. El Dr. Hernández sobrevivió poco más de nueve años á su regreso, pues falleció el 28 de Enero de 1587.

Inmediatamente después de la muerte del autor, ó acaso antes, ordenó el rey á otro

[1] Lic. Porreño, apud Col. cit., tom. I, pág. 363.

de sus médicos de cámara, el italiano Nardo Antonio Recchi, que formase un extracto ó compendio de la obra de Hernández, reduciéndola á lo más necesario para la medicina. Hízolo así, y también quedó inédito el compendio, cayendo en olvido á consecuencia de la muerte del autor. Mas el príncipe Federico Cesi, que en 1603 había fundado en Roma la Academia de los Linceos, la más antigua de Italia, y entre cuyos individuos se contaba Galileo (1), tuvo noticia del manuscrito de Recchi, y logró adquirirle. Desde luego emprendió su publicación, costeando los gastos de abrir las láminas, y repartiendo entre los académicos el trabajo de notas y adiciones. La obra se publicó por primera vez en 1628; edición que algunos niegan y que no hemos visto, pero que se encuentra anunciada en catálogos de librerías (2) con el título de *Rerum Medicarum Novae Hispaniae Thesaurus*, que es el mismo de la edición de Roma, 1651, publicada después de la muerte del

[1] TIRABOSCHI, *Stor. della Lett. Ital.*, Sec. XVII, lib. I, cap. 3, n.º 10, lib. II, cap. 2, n.º 7; cap. 3, n.º 2.

[2] B. QUARITCH, *Bibl. Occidentalis*. London, March and April, 1870, n.º 459. En el n.º siguiente está anunciada la otra edición: «Idem Opus. [secunda editio]. Romae, 1651, fol.» De la de 1628 se cita allí otro ejemplar vendido por el librero Puttick en 1859. Sabin, en su *Dictionary of Books relating to America* (tom. VIII, pag. 239), registra ambas ediciones, y manifiesta la creencia de que son una misma.

príncipe de Cesi, ocurrida en 1630. Forma un grueso tomo en folio, con muchas figuras de plantas y animales, grabadas en madera. Hay quien diga que las dos ediciones son una misma, con diferentes portadas. No podemos verificar el aserto, por no tener á la vista más que la de 1651; pero es cierto que una de las partes de que ésta se compone tiene licencia para la impresión con fecha de 1628. El compendio de Recchi está acompañado de diversos trabajos de los académicos Linceos, siendo el más notable las *Tablas phytosophicas*, formadas por el príncipe mismo, y que contienen una sinopsis completa de la botánica: trabajo muy estimado por los inteligentes, y que dicen surgió á Lineo su célebre sistema de la clasificación de las plantas.

Mientras que tan largo tiempo se gastaba en Roma para preparar, con poderoso auxilio, la impresión del compendio de Recchi, un pobre, oscuro y desvalido lego del convento de Sto. Domingo de México, se adelantaba á todos, y sin necesidad de príncipes ni academias, era el primero, puede decirse, en dar á conocer al mundo los trabajos de Hernández; porque si bien es cierto que algo había salido ya á luz en México, como luego veremos, fué tan poco, que en nada disminuye el mérito de nuestro lego.

Ocupado, antes de tomar el hábito de Sto. Domingo, en la asistencia de los enfermos del hospital de Huastepec, fundación del V. Bernardino Alvarez, había tenido Fr. Francisco Jiménez frecuentes ocasiones de experimentar las virtudes curativas de muchas plantas; y habiendo llegado á sus manos, *por extraordinarios caminos*, el compendio de Recchi, revisado y firmado por el famosísimo doctor Francisco Valle, le tradujo al castellano, y le dió á la prensa con este título:

QVATRO LIBROS. || DE LA NATV-|| RA-
LEZA, Y VIRTVDES DE LAS || plantas, y anima-
les que estan receuidos en el vfo || de Medi-
cina en la Nueua España, y la Methodo, y
correc- || cion, y preparacion que para ad-
miniftrallas se requiere || con lo que el Doc-
tor Francisco Hernandez escriuió || en lengua
Latina. || *MVY VTIL PARA TODO GENE-
RO DE || gente q viue en estacias y Pueblos,
do no ay Medicos, ni Botica.* || Traduzido, y
aumentados muchos simples, y Compuef-
tos || y otros muchos secretos curatiuos, por
Fr. Francisco Xi- || menez, hijo del Conuento
de S. Domingo de Mexico, || Natural de la
Villa de Luna del Reyno de Aragón. || A
Nro. R. P. Maestro Fr. Hernando Bazan,
Prior Prouincial de || la Prouincia de Sacti-
ago de Mexico, de la Orden de los Predi-

*adores, || y Cathedratico Iubilado de Theo-
logia en la Vniuersidad Real.* (El escudo de
Sto. Domingo). || *En Mexico, en casa de la
Viuda de Diego Lopez Daualos.* 1615. || Ven-
defe en la tienda de Diego Garrido, en la
esquina de || la calle de Tacuba, y en la Por-
tería de S. Domingo.

(En 4.º, portada orlada. 5 ff. preliminares
y ff. 1 á 203 + 7 ff. de tabla).

Los tres primeros libros tratan de las
plantas: la primera parte del cuarto, de los
animales, y la segunda de los minerales.
Hé aquí cómo el lego dominico llevó á cabo
el pensamiento de Felipe II al encargar á
Recchi el compendio de Hernández, que
era el de divulgar la parte práctica de aque-
lla grande obra. La de Jiménez es hoy muy
rara. Al fin de ella ofrece un «Memorial
para la salud,» que ya tenía casi acabado,
y que nunca salió á luz.

Si realmente existen dos ediciones del
compendio de Recchi, impresas en 1628 y
1651, hay que colocar entre ellas otro com-
pendio hecho con muy diverso fin. El sabio
jesuita español, P. Juan Eusebio Nierem-
berg, publicó en 1635 su *Historia Naturae
maxime peregrinae*, y para ella tomó con
mano franca de las obras de Hernández,
cuyos manuscritos tuvo á la vista (*hujus
auctoris autographa penes me sunt*), y cu-

yas palabras mismas trasladá en muchos lugares (*saepe utar verbis Francisci Hernandi*). Son tan copiosos los extractos, que ocupan 234 páginas en folio mayor, intercaladas en el texto las figuras necesarias; siendo de notar que algunas de éstas no se encuentran en la edición de Recchi, v. gr. las del *Atatapalacatl* y del *Nopalli saxis innacens*, en las págs. 306 y 310: figuras tanto más notables, cuanto que, para indicar los lugares en que nacen, van acompañadas de los geroglíficos mexicanos del *agua* y de la *pie*dra, dándonos con eso una prueba de que los dibujantes de ellas fueron indios mexicanos de la antigua escuela.

Preciosos y útiles como eran los compendios y extractos que llevamos mencionados, se deseaba todavía una edición completa del gran trabajo de Hernández. Por fortuna el incendio del Escorial no le había destruido de un modo totalmente irreparable. El historiógrafo de Indias D. Juan Bautista Muñoz tuvo la buena suerte de descubrir en el Colegio Imperial de los Padres Jesuitas de Madrid otra copia, que tal vez era la misma de que se aprovechó el P. Nieremberg; pero no tenía los dibujos. Hoy se halla en la biblioteca de la Real Academia de la Historia. Merced á tan buen hallazgo, el marqués de la Sonora D. José de Gálvez,

Ministro de Indias, propuso al rey Carlos III, que se imprimiesen por cuenta del erario todas las obras de Hernández. Dispúso solo así el rey, y para subsanar la falta de los dibujos, mandó á su embajador en Roma que procurase recoger los que llevó Recchi. Dióse el encargo de correr con la edición al entendido naturalista D. Casimiro Gómez Ortega, quien, muertos ya el rey y el marqués, dió á luz en 1790, bajo los auspicios de Carlos IV, los tres primeros tomos, con este título: *Francisci Hernandi, Medici atque Historici Philippi II, Hisp. et Indiar. Regis, et totius Novi Orbis Archiatri, Opera, cum edita, tum inedita, ad Autographi fidem et integritatem expressa, impensa et jussu Regio*: edición hermosa, como de las prensas de Ibarra. El juego completo debía constar de cinco tomos en cuarto mayor: los tres publicados contienen la parte botánica, sin figuras; el tomo cuarto estaba destinado á tratar de los animales y minerales, con copiosos índices de toda la historia, y el quinto se había de formar con los opúsculos de Hernández y una extensa noticia de su vida. Pero sea porque los graves sucesos que después conmovieron la Europa, distrayendo de las empresas científicas la atención del gobierno, sea porque preponderase la mezquina influencia de al-

gunos sujetos, «doctos y juiciosos por otra parte, pero rígidos en demasía» (como dice el editor) que consideraban gasto inútil el de la impresión de la obra, por anticuada, el caso es que no llegó á terminarse; y que para reunir solamente lo relativo á historia natural, tenemos que buscar la descripción de las plantas en la matritense, poniéndola en relación, hasta donde es posible, con los dibujos de la romana, y leer en ésta lo relativo á animales y minerales. Aun así, carecemos todavía de los tres libros de las Antigüedades de Nueva España, y de una parte considerable de los opúsculos. No corresponde á este escrito hacer la enumeración de ellos: basta con mencionar los que nos ha conservado el P. Nieremberg, en los capítulos 22 á 27 del lib. VIII de su *Historia* citada, y cuyos títulos son: *De septuaginta et octo partibus maximi templi mexicani: De caeremoniis Mexicanorum: De effusione sanguinis superstitiosa: De variis superstitionibus: De ministris deorum: De votis, juramentis et nuptiis*. Estos, dice el P. Nieremberg haberlos tomado de Hernández; pero el caso es que están, literalmente ó extractados en el apéndice al libro II de la *Historia General de las cosas de Nueva España*, del P. Sahagún (1). Mas no por eso

(1) J. F. RAMÍREZ, *Suplementos á la Biblioteca de Be-é tain*, MS.

hemos de capitular á Hernández de plagario: los escritos del P. Sahagún corrieron mucho tiempo sueltos y anónimos: acaso vinieron los arriba dichos á poder de Hernández, y encontrándolos de su gusto, los puso en latín, sin pretender darse por autor de ellos.

Me he alargado más de lo que pensaba en la relación de los trabajos de Hernández, que en verdad pudiera considerarse ajena á mi asunto, porque ni se trata de obras de medicina, propiamente dicha, ni el autor ejerció su profesión en México. Mas sirvame de disculpa la importancia de esos trabajos, y mi deseo de honrar este libro con el nombre de un sabio tan digno de nuestra gratitud.

Florece también entonces en México, con grandes créditos, el Dr. D. Juan de la Fuente, de quien no sabemos cuándo vino á la Nueva España, pero sí que ejercía la medicina, aquí ó en su patria, desde el año de 1540, poco más ó menos. Fué uno de los médicos que asistieron á los padres jesuitas fundadores, cuando cayeron todos enfermos á su llegada, por Septiembre de 1572. En la gran peste de 1576 convocó á todos sus compañeros, y en presencia de ellos hizo la autopsia de un indio, de los muchos que murieron en el Hospital Real de México. Su